

fue la entrevista con Suárez

TEXTO INTEGRO DE LAS DECLARACIONES DEL PRESIDENTE

Adolfo Suárez, primer ministro del Gobierno español, cenó el pasado miércoles con nuestros colaboradores Georges Suffert y Michel Colomés y nuestro corresponsal en Madrid, Armando Puente. Georges Suffert narra esta entrevista y señala los puntos esenciales de la conversación

L. P.—¿No hay cierta ebullición en el Ejército?

Adolfo Suárez.—¿Por qué voy a tener miedo del Ejército de mi país?

L. P.—¿Es que el Ejército no está acostumbrado como se cuenta? (Suárez exprime al limón sobre su ración de salmón. Yo le observo un poco maravillado de su juventud. Hace dos meses y medio que Juan Carlos le confió una doble misión: En primer lugar, gobernar España, lo que no es poco; a continuación, hacer de este país, tras cuarenta años de dictadura, una auténtica democracia—esta es gigantesca y sin precedente histórico—. La aventura no parece que le da miedo: él come con buen apetito, habla rápido y me frecuentemente desde el fondo de sus ojos.)

A. S.—El Ejército español está agraciado alrededor del Rey. Es sabedor de que todo se juega alrededor y por la Monarquía. No son los militares los que me ponen a menudo de mal humor.

L. P.—¿Cuál entonces?

A. S.—La clase política española en su conjunto. Canso todas las de otros países, hasta la izquierda como la derecha, me parece que no se adaptan a las verdaderas necesidades del Estado. Todo el mundo habla, proclama, discute, pero evidentemente esto se corrige progresivamente. Se nota ya un cambio de tono.

L. P.—¿Es natural que cuando a un hombre se le quita una mordaza hable, ¿no?

A. S.—Por supuesto. Pero la aventura que nos me a todos es apasionante. Hacer de España una democracia, hacerla entrar de golpe en el círculo de las potencias medias, no borrar el pasado—este no pertenece a nadie—, pero darle su justo lugar en la historia roja y oro de España y, en fin, inventar una forma de vivir juntos. O la izquierda se obstina en combatir a un pasado que no existe o una parte de la derecha llora por un pasado que no volverá.

L. P.—¿Quiénes son los que más incomodan?

A. S.—(Levanta los ojos al cielo.)—Los tengo en bloque. No me desespero. Se acostumbrarán. Pero deben aprender que la democracia es un regalo del cielo. Se fabrica con inteligencia y valor; también se paga. Además, carecen un poco de eso que ustedes llaman sentido de Estado.

(Hace pocos gestos: en su rostro, causticidad, pasión, humor.)

L. P.—Reconoce usted que la derecha es hoy más peligrosa para usted que la izquierda...

A. S.—La extrema derecha dice que yo soy un traidor. Todo el mundo puede hacer ruido en la calle. Yo haré un ruido que no sea más peligroso que las palabras verbales. Todas las palabras no son discargas de fuego. Y, entre nosotros, yo había previsto todo esto. Digo esto: esta gente no representa eran cosa. Las masas

moderadas, desean que la experiencia triunfe y comprenden muy bien que es una apuesta.

L. P.—¿Cuál?

A. S.—Es tan simple de definir! Se trata de establecer con paso cauto las reglas del juego del pluralismo político. Uno de los papeles del Gobierno actual es permitir este nacimiento y no imponer sus propios puntos de vista. España, en su larga historia, ha realizado la experiencia de constituciones fabricadas por los gobiernos sucesivos; cada uno deshacía el trabajo del otro. Esto es tiempo perdido.

L. P.—¿No le parece peligroso haber anunciado que el Parlamento será elegido por representación proporcional?

A. S.—En principio, yo no he dicho eso. Yo precisé que la ley Electoral observará ciertas reglas de escrutinio proporcional. Sé que ustedes, los franceses, estaban divididos sobre esta cuestión. Pero para nosotros hay dos cosas fundamentales: la primera es que debemos evitar toda radicalización de los extremos. España es un país que hoy no se puede permitir el lujo de partirse en dos. ¿Quiere que sea más claro?

L. P.—No, gracias.

A. S.—Por si tenemos necesidad de una Cámara que sea un retrato del país. Porque no sabemos exactamente lo que piensan los españoles. No instauraremos el escrutinio proporcional simple. Las leyes electorales se hacen para que sean modificadas por los propios parlamentarios.

L. P.—Pero antes de las elecciones ustedes tienen que celebrar un referéndum; ¿no duda usted de la oposición de las Cortes?

A. S.—En efecto, habrá personas que estén en contra. Es normal. Pero serán minorías, porque el Gobierno tiene razón, porque elegirá con cuidado el terreno y el momento. Y después, sobre todo, se debe de convencer. Eso no será muy difícil.

(Son las once de la noche. No muestra aspecto de cansancio. Dudo en hacerle partícipe de mi impresión.)

L. P.—¿No teme que al tiempo no esté jugando actualmente contra usted?

A. S.—No. Mire, hace dos meses y medio que soy primer ministro. Desde el comienzo mi Gobierno no ha cesado de ocupar el terreno. Hemos sorprendido a la oposición con la rápida amnistía, que ha sido mayor de la que esperaban, hemos arrastrado a todos a hablar con todo el mundo, hemos hecho que las Cortes aceptaran el decreto ley sobre la reforma del Código Penal. Y esta semana vamos a atacar la inflación, los problemas económicos y tomar medidas contra el paro. No olvide que cada año comienzan a trabajar 350.000 jóvenes. Antes, 180.000 de éstos emigraban. Ahora se quedan aquí. Debemos encontrarles empleo, hacer todo esto al mismo

parar en las leyes de ayer, ni en las de mañana, que no existen, de modo que esto no es fácil.

L. P.—¿Esto supone ciertos riesgos?

A. S.—Lo supongo. No soy un hombre precoz, soy un hombre joven. Es un momento que parece que pasa aprisa. Me encanta lo que me va. Desconfío de los discursos. Mientras que los otros discuten toda la noche en vacaciones, yo trabajo. El tiempo no puede operar contra mí porque yo voy por delante del tiempo.

(Hace algunas horas he visitado El Pardo, palacio de verano de los Reyes de España, donde Franco ha vivido su eterno otoño. Hace menos de un año que murió. Y los españoles visitan con respeto asombroso esta sucesión de piezas admirables, muebles de gusto dudoso. Cada uno se pregunta ante estas fotos del Caudillo cazando, pescando sobre el fondo de cinco siglos de historia. ¿Estaba Franco allí el año pasado? ¿O hace cientos de años? A la vista del temperamento de Suárez, mido una vez más el tiempo en España, que no se calcula de la misma manera que en el resto del mundo. Es más lento a veces; hoy más rápido.)

L. P.—¿Cataluña, el País Vasco, las Canarias?

A. S.—Estos son tres problemas diferentes. Quiero decir a mazarlos porque ellos no son dramáticos. ¿Quiere usted saber la clave del problema? Se resumen en una fórmula: la derecha debe legalizar lo que pasa ya en la vida cotidiana. La unidad de España existe y los acontecimientos se desarrollan en estas tres regiones más fácilmente de lo que se cree.

L. P.—¿Ocurrirá igual con la izquierda?

A. S.—No sé nada. Nadie sabe lo que quiere la izquierda española. Puede que nos reserven sorpresas. Esto quiere decir que los hombres

de izquierda, al igual que nosotros, deberán aprender el idioma del pueblo español. Ese que debe hacernos mover a todos.

L. P.—¿Qué ocurre entre los franceses y los españoles a dos semanas de la visita del Rey a París?

A. S.—Las relaciones de Estado a Estado son excelentes. Las relaciones entre las gentes mejoran. Sólo existe una verdad más allá de los Pirineos y otra a este lado. Nosotros, nosotros y ustedes, hemos cruzado los Pirineos a golpe de autorrotas. De ahora en adelante muchas cosas serán posibles.

(Servicio de Documentación)

• “La clase política española me pone de mal humor”

• “Las masas del pueblo español son moderadas”



EXCLUSIVA

Así



LA CUENTA ARMANDO PUENTE, CORRESPONSAL EN MADRID DE "LE POINT"

Eran las once de la noche. El presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, entró excusándose por el retraso, ya que nos había citado para las nueve y media, y dejó sobre la mesita la carpeta con documentos que había estado despachando con el Rey. No daba muestras de cansancio, a pesar de haber sido un día complicado. Mientras le esperábamos habíamos sabido que comenzó la jornada a las nueve de la mañana y que una gran parte de la misma —alrededor de siete horas— había estado dedicada a estudiar el problema económico.

—¿Un día especialmente difícil?

—Todos los días son así —contesta sonriendo—. Solamente han pasado dos meses y medio desde que estoy aquí y parece que fueran años.

Mientras iniciaba la conversación llamó por teléfono a dos de sus ministros («perdon, pero son asuntos inaplazables»), para dar cuenta de decisiones que supongo se habrían adoptado poco antes en la Zarzuela. Creó así un clima de sencillez y confianza, que hizo fácil el diálogo.

Luego nos invitó a pasar a una salita vecina, hacia donde se dirigió comentando con Georges Suffert su obra «Los intelectuales en chaise longue», recientemente traducida al castellano, en la que mi compañero fustiga con impertinencia a esa crema de la intelectualidad que cómodamente instalada en París teoriza sobre la revolución. Un librito polémico que, por supuesto, no ha encontrado eco en la «intelligentsia» española. Porque hay muchas censuras, no sólo la oficial.

Tenían que haberse conocido el 4 de marzo. Pero aquella mañana me llamó Alvaro Delgado, el secretario particular del señor Suárez, para decirme que la entrevista concertada debía aplazarse, porque Arias acababa de convocar un Consejo de Ministros extraordinario a causa de los sangrientos acontecimientos de la víspera en Vitoria.

Poco después de su nombramiento como presidente del Gobierno volvió a solicitar una nueva entrevista y la reiteró el mes pasado, en vista del próximo viaje de los Reyes a París, ocasión que reforzará el creciente interés de los franceses —y los lectores de «Le Point»— por España. Y un día Carmen Díez de Rivera, su jefe de Gabinete, me confirmó que sería el miércoles 29 por la noche. Cenaríamos juntos y esta vez sí que el presiden-

te del Gobierno haría unas declaraciones a un semanario francés.

Dos horas y media duró la entrevista, a la que asistió Carmen Díez de Rivera, jefe del gabinete del presidente.

A un lado de la mesa se sentaron el señor Suárez y su jefe de Gabinete. Enfrente, Georges Suffert —adjunto a la dirección de «Le Point»—, Michel Colomes —redactor jefe de internacional de la revista— y yo. Durante dos horas y media conversamos y a veces discutimos, mientras cenábamos un excelente salmón ahumado, una ternera gratinada solo aceptable y un rioja que mereció los elogios galos. Mis compañeros hacían las preguntas en francés. El presidente prefería contestar en castellano. Yo tomaba notas y junto con Carmen Díez de Rivera —que habla un francés sin acento— traducíamos algún párrafo cuando el diálogo se había acelerado demasiado o una frase resultaba oscura.

Hubo momentos en que dejé de tomar notas. Uno ya tiene el suficiente conocimiento de lo que está pasando para entender cuando se está hablando «off the record». El presidente respondió todas nuestras preguntas, salvo una: la fecha del referéndum. Es comprensible. En la política, como en la guerra, el factor sorpresa, que da la iniciativa, es importante y con frecuencia decisivo.

Cuando nos despedimos, en la puerta de Castellana, 3, eran casi las dos de la mañana. El señor Suárez subió en su coche solo, camino de su residencia, en Somosaguas. Carmen Díez de Rivera lo hizo en el suyo, de un juvenil color naranja. Nosotros nos fuimos al hotel, a revisar las notas que yo había tomado. Luego, George Suffert dictó su artículo con una facilidad que envidio. No es una transcripción textual de la conversación, sino una síntesis que estimo refleja las opiniones que nos expuso el presidente del Gobierno. La fórmula empleada, a la manera de Malraux en sus conversaciones con De Gaulle, me parece acertada y finalmente más real que un diálogo siempre dado de una entrevista grabada en magnetofón. Usted ya habrá leído el resumen, difundido días atrás por los periódicos, pero éste es el texto completo, publicado en «Le Point».

• "Tenemos necesidad de una Cámara que sea un retrato del país"

• "La derecha debe legalizar lo que pasa ya en la vida cotidiana"

• "Nadie sabe lo que quiere la izquierda española"